

tos años ántes de nuestra era, demuestra bastante el estado de prosperidad de los diferentes pueblos que lo habitaban. El recuerdo de tamaña grandeza inspira un deseo muy natural, y es que las envidias y rivalidades de las grandes potencias no sigan impidiendo al Oriente sacudir el polvo de veinte siglos y renacer á la vida y á la civilización.

CAPITULO QUINTO.

GUERRAS PUNICAS DE MACEDONIA Y DE ASIA.

(Del año 488 al 621).

I. Roma, una vez estendida su dominacion hasta el confín meridional de Italia, se encontró enfrente de una potencia que, por la fuerza de las cosas, tenia que ser su rival.

Cartago, situada en la costa africana mas próxima á la Sicilia, no estaba separada de ella mas que por el canal de Malta, que divide en dos la gran cuenca del Mediterráneo. Desde mas de dos siglos atras habia ajustado, en diferentes ocasiones, tratados con Roma, é impróvida de lo futuro, felicitaba al senado cada vez que alcanzaba grandes victorias sobre los Etruscos ó los Samnitas.

La superioridad de Cartago al principio de las guerras púnicas era evidente, y sin embargo, la constitucion de las dos ciudades hacia prever cuál iba á ser en fin la que triunfase de la otra. En ambas reinaba una poderosa aristocracia, pero en Roma los nobles, confundidos sin cesar con el pueblo, daban el ejemplo del patriotismo y de todas las virtudes cívicas, al paso que en Cartago las primeras familias enriquecidas con el comercio, enervadas por un desenfrenado lujo, formaban una casta egoista y avarienta, distinta del resto de los ciudadanos. En Roma, el único móvil era la gloria, la principal ocupacion la guerra, el primer deber el servicio militar; en Cartago todo se sacrificaba al interes, al comercio, y la defensa de la patria, como una carga insoportable, se abandonaba á tropas mercenarias; resultando de aquí que en Cartago, despues de un descalabro, era muy difícil

rehacer el ejército, al paso que en Roma se rehacia al punto, por estar el pueblo sometido al servicio de las armas. Si la penuria del tesoro traía algún atraso en las pagas, los soldados cartagineses se rebelaban y ponían en peligro al Estado; los Romanos soportaban las privaciones y la miseria sin murmurar, por el solo amor de la patria.

La religión cartaginesa hacia de la divinidad un poder envidioso y maléfico, que era preciso aplacar con horribles sacrificios ú honrar con vergonzosas prácticas: de aquí unas costumbres depravadas y crueles; en Roma el buen sentido ó el interés del gobierno templaba la brutalidad del paganismo y mantenía en la religión ideas de moral (1).

¡Qué diferencia también en la política! Roma había dominado con la fuerza de las armas, es verdad, á los pueblos que la rodeaban; pero se había, por decirlo así, hecho perdonar sus victorias ofreciendo á los vencidos una patria mayor y una participación en los derechos de la metrópoli. Además, como los habitantes de la Península eran por lo general de una misma raza, fácilmente había podido asimilárselos. Cartago, por el contrario, se había quedado extranjera en medio de los indígenas de Africa, de los cuales la separaban origen, lengua y costumbres. Había hecho odiosa á sus súbditos y tributarios su dominación, á causa del espíritu mercantil y de los hábitos rapaces de todos sus agentes: de aquí repetidas insurrecciones y represiones de una inaudita crueldad. La desconfianza hacía sus súbditos la había movido á dejar abiertas todas las ciudades de su territorio, á fin de que ninguna de ellas llegase á ser el punto de apoyo de una rebelión. Así se entregaron sin resistencia á Agatocles, apenas se presentó en Africa, doscientas ciudades. Roma, por el contrario, rodeaba de fortificaciones sus colonias, y las murallas de Plasencia, de Spoleto, de Casilino y de Nola contribuyeron á atajar el paso á Aníbal.

La ciudad de Rómulo se hallaba en todo el vigor de la juventud, al paso que Cartago había llegado á aquel grado de corrupción en

[1] Así el Júpiter del Capitolio, la Juno itálica, al menos en su culto oficial, eran los protectores de los mortales virtuosos y castigaban á los malos, mientras que el Moloc y el Hércules fenicios, adorados en Cartago, no dispensaban su protección sino á aquellos que hacían correr sangre inocente sobre sus aras. [Diodoro Sículo, XX, xiv].—Véanse las figuras de Moloc que tienen unas parrillas destinadas á los sacrificios humanos. [Alb. della Marmora, *Antiquedades sardas*, lám. 23 v 51. t. II, 254].

que los Estados no son capaces de soportar ni los abusos que los enervan, ni el remedio que podría regenerarlos.

De Roma era, pues, el porvenir. A un lado un pueblo de soldados, contenido por la disciplina, la religión, la pureza de las costumbres, el amor á la patria, rodeado de aliados fieles y decididos; al otro, un pueblo de mercaderes con costumbres disolutas, mercenarios indóciles y súbditos descontentos.

II. Aquellas dos potencias de igual ambición, pero de tan opuesta adole, no podían permanecer mucho tiempo una en frente de otra sin disputarse el dominio del Mediterráneo. La Sicilia, sobre todo, debía escitar su codicia. Compartían por entonces la posesión de aquella isla, Hieron, tirano de Siracusa, los Cartagineses y los Mamertinos. Estos últimos, de raza de aventureros, antiguos mercenarios de Agatocles, venidos de Italia en 490, y establecidos en Mesina, se dieron á guerrear contra los Siracusanos. Impetraron la ayuda de los Cartagineses, y les entregaron la acrópolis de Mesina como precio de la protección que de ellos obtuvieron; mas disgustados en breve de unos aliados demasiado exigentes, enviaron á pedir socorros á Roma en nombre de una común nacionalidad, porque los mas se decían Italianos, y por consiguiente, aliados de la República; algunos eran ó suponían ser Romanos (1).

Diversas circunstancias favorecieron á los Romanos. Los Cartagineses se habían hecho odiosos á los Griegos sicilianos, y las ciudades, todavía independientes, comparando la disciplina de las legiones con los excesos de todo linaje que habían señalado el paso de los mercenarios de Agatocles, de Pirro y de los generales cartagineses, recibieron á los cónsules como á libertadores. Hieron, señor de Siracusa, primera ciudad de Sicilia, no bien hubo experimentado el poder de las armas romanas, previó el término de la lucha y se declaró por el mas fuerte. Su alianza, fielmente conservada durante cincuenta años, fué de suma utilidad á la República (2). Con su apoyo, los Romanos, al cabo del tercer año de guerra, se habían apoderado de Agrigento y de la mayor parte de las ciudades del interior, pero las escuadras de los Cartagineses quedaban dueñas del mar y de las plazas del litoral.

Los Romanos carecían de marina militar (3). Podían, sin duda,

[1] Polibio, I, vii, xi.

[2] Polibio, I, vx — Zonasas, VIII, 16 y sig

[3] Vimos ya en la página 80 que Roma, después de la toma de Ausio [Ferto d'Anzio], aunque ya tenía marina, no tenía galeras de tres bancos ni

proporcionarse barcos de transporte, ó por medio de sus aliados [*socii navales*], algunas triremas (1); pero no tenían de aquellas naves con cinco hileras de remos, mas propias, por su peso y velocidad, para embestir y deshacer á los buques enemigos. Una incomparable energía suplió en poco tiempo la insuficiencia de la armada: ciento veinte galeras se construyeron por el modelo de una quincuerema cartaginesa encallada en la costa de Italia, y se ejercitó en tierra á los soldados en el manejo de los remos (2). Al cabo de dos meses se embarcaban las tripulaciones, y los Cartagineses eran batidos en Myles (494), y tres años despues en Tyndaris (497). Estas dos batallas navales arrancaron á Cartago el prestigio de su superioridad marítima.

Entretanto la lucha se prolongaba por tierra sin resultado decisivo cuando las dos rivales resolvieron cada cual por su parte, haciendo un esfuerzo supremo, señorearse definitivamente de la mar. Cartago armó trescientas cincuenta naves mayores, Roma trescientas treinta de igual fuerza. Encontráronse ambas escuadras en 498, entre Heraclia Minoa y el cabo de Ecnome, y en un combate memorable, en que pelearon con furor 300,000 hombres (3), quedó la victoria por los Romanos. El camino del Africa estaba abierto, y M. Atilio Régulo, inspirado sin duda por el ejemplo de Agatocles, discurrió llevar allá la guerra; y tales fueron sus primeros triunfos, que Cartago, en su terror y para evitar el asedio de que se veia amenazada, se disponia á renunciar á sus posesiones en Sicilia. Harto confiado en la debilidad de las resistencias que habia encontrado, Régulo creyó poder imponer á Cartago las mas duras condiciones; la desesperacion restitú-

de cinco hileras de remos. Nada mas verosímil, por consiguiente que la narracion de Tito-Livio, que asegura que los Romanos tomaron por modelo una quincuerema cartaginesa que habia navegado en sus costas. A pesar de los progresos de la ciencia, no hemos podido acertar completamente con las formas de las antiguas galeras, y aun hoy no podria resolverse completamente el problema, á ménos de que la casualidad nos ofreciese un modelo

[1] Los Romanos emplearon las triremas de Tarento, Locres, Elea y Nápoles para cruzar el estrecho de Mesina. "El uso de las quincueremas era del todo desconocido en Italia." [Polibio, I, xx].

[2] Polibio, I, xx y xxi.

[3] Cada nave llevaba trescientos remeros y ciento veinte soldados, ó sea cuatrocientos veinte hombres, lo cual hace ascender la dotacion de la escuadra cartaginesa á ciento cuarenta y siete mil hombres, y la de la romana á 138,600. (Polibio, I, xxv y xxvi).

yó á los Africanos toda su energía, y Jantico, aventurero griego y buen general, puesto al frente de las tropas derrotó al cónsul, aniquilando casi enteramente su ejército.

Nunca los Romanos se dejaron abatir por los reveses; inmediatamente llevaron de nuevo la guerra á Sicilia y recobraron á Panorma, centro de las fuerzas cartaginesas. Por espacio de muchos años las escuadras de los dos paises talaron unas las costas de Africa, otras el litoral italiano; en lo interior de la Sicilia, los Romanos llevaban la mejor parte; en las orillas del mar, los Cartagineses. Dos veces las escuadras de la República fueron destruidas por los temporales ó por el enemigo, y dos veces el senado en vista de aquellos desastres, resolvió suspender toda expedicion marítima. Durante seis años, la lucha estuvo concentrada en un rincon de Sicilia, donde los Romanos ocupaban á Panorma, los Cartagineses á Lilibea y Drepano, y hubiera podido prolongarse indefinidamente si el senado, á pesar de las estrecheces del tesoro, no hubiera logrado por medio de donativos voluntarios, armar otra escuadra de doscientas quincueremas. Lutacio, que la mandaba, dispersó las naves enemigas junto á las islas Egatas, y dueño de la mar, amenazó hambrear á los Cartagineses, los cuales pidieron la paz en el momento mismo en que un grande hombre de guerra, Amilcar, acababa de devolver el prestigio á sus armas. La verdad es que, durante aquellos veinticuatro años, la enormidad de los gastos y de los sacrificios habia desalentado á Cartago, al paso que en Roma, el patriotismo, insensible á las pérdidas materiales, conservaba entera la energía como en los primeros dias. Forzados á ceder todos sus establecimientos en Sicilia, los Cartagineses pagaron una indemnizacion de dos mil doscientos talentos (1), con lo cual toda la isla, excepto el reino de Hieron, fué tributaria, y por primera vez, Roma tuvo una provincia vasalla.

Si, á pesar de aquel triunfo definitivo, hubo reveses momentáneos, atribuirse debe en gran parte á la inestabilidad de los planes de campaña, que variaban anualmente con los generales. No faltaron, sin embargo, en varios cónsules, habilidad y perseverancia, y el senado, siempre agradecido, recompensó dignamente sus servicios: algunos obtuvieron los honores del triunfo, entre otros Duilio, que ganó la primera batalla naval, y Lutacio, cuya victoria decidió la paz. En Cartago, por el contrario, los mejores generales eran victimas de la envi-

(1) Cerca de 49 millones de reales. (Polibio, I, lxii).

día y de la ingratitud. Jantipo, vencedor de Régulo, se vió pronto arrinconado por la envidia de la nobleza que le debía su salvacion (1), y Amilcar, calumniado por una faccion rival, no recibió de su gobierno el apoyo necesario para la ejecucion de sus grandes proyectos.

Durante aquella lucha de veintitres años, muchas veces saltó á la guerra una direccion hábil y seguida, pero las legiones no perdieron nada de su antiguo valor, y hasta se las vió un dia trabarse en lid con los auxiliares que les disputaban el puesto mas peligroso; tambien puede citarse la intrepidez del tribuno Calpurnio Flamma, que salvó á las legiones encerradas por Amilcar en un desfiladero, cubriendo la retirada con trescientos hombres; y cuando se le encontró vivo debajo de un monton de cadáveres, recibió del cónsul una corona de ramas, recompensa modesta, pero suficiente entonces para inspirar el heroismo. Todos los nobles sentimientos estaban exaltados hasta el punto de hacer justicia á un enemigo. El cónsul L. Cornelio, dispuso unas magníficas exequias á Hannon, general cartaginés, muerto valerosamente peleando contra él (2).

Muchas veces, durante la primera guerra púnica, amenazaron los Cartagineses las costas de Italia, sin intentar nunca un desembarco formal, sin duda porque no pudieron encontrar aliados entre los pueblos nuevamente sometidos. Ni los Samnitas, ni los Lucanios, que se habian declarado por Pirro, ni las ciudades griegas del sur de la Península, mostraron disposiciones á rebelarse. Los Galos cisalpinos, ántes tan revoltosos, y á los que pronto veremos tomar las armas, permanecieron inmóviles. Los movimientos que estallaron hasta el fin de la guerra púnica, entre los Salentinos y los Faliscos, tuvieron escasa importancia, y no parece que estuviesen relacionados con la gran lucha entre Roma y Cartago (3).

Esta resistencia á todo conato de insurreccion, prueba que el gobierno de la República era equitativo y que habia dado satisfaccion á los vencidos. Ninguna queja se hizo oír, ni aun despues de grandes desastres; y sin embargo, las calamidades de la guerra pesaban cruelmente sobre los labradores, obligados á cada paso á abandonar sus campos para llenar los huecos abiertos en las legiones. En lo anterior, el senado tenia en su abono un gran prestigio, y en lo este-

[6] Polibio, I, xxxvi.

[2] Valerio Máximo, V, 1, 2.

[8] Tito-Livio, *Építome*, XIX.

rior gozaba entonces una reputacion de buena fé que le aseguraba alianzas sinceras.

La primera guerra púnica ejerció una notable influencia sobre las costumbres. Hasta entonces los Romanos no habian mantenido relaciones seguidas con los Griegos; la conquista de la Sicilia las estableció entre ellos numerosas y activas, y pronto se hizo sentir lo que de útil y pernicioso juntamente encerraba en su seno la civilizacion helénica.

Las ideas religiosas de los dos pueblos eran diferentes, por mas que el paganismo romano ofreciese grandes relaciones con el paganismo de la Grecia. Esta tenia filósofos, sofistas, libres pensadores. En Roma no habia nada de esto; las creencias eran allí profundas, candorosas y sinceras; á mas de que, desde una época muy remota, el gobierno habia subordinado la religion á la política, y se habia esforzado por darle una direccion provechosa para el Estado.

Los Griegos de Sicilia introdujeron en Roma dos sectas de filosofía, cuyos gérmenes se desarrollaron andando el tiempo, y que tenian tal vez mas relacion con los instintos de los iniciados, que con los de los iniciadores. El *estoicismo* fortaleció la práctica de las virtudes cívicas, pero sin modificar su antigua aspereza; el *epicureismo*, mucho mas difundido, no tardó en precipitar á la nacion en el afanoso amor de los goces materiales. Una y otra secta, inspirando el desprecio de la muerte, dieron una terrible fuerza al pueblo que las adoptó.

La guerra habia agotado los recursos de Cartago. Los mercenarios, á quienes no podia pagar, se rebelaron al mismo tiempo en Africa y en Cerdeña, y no fueron vencidos sino por el génio de Amilcar. En esta última isla, las demasías de los rebeldes habian sublevado á los habitantes, los cuales consiguieron arrojarlos del país. No dejaron escapar los Romanos aquella ocasion de intervenir, y como anteriormente por los Mamertinos, el senado, segun todas las apariencias, pretestó que habia Italianos entre los mercenarios de Cerdeña. La isla fué tomada, y los vencedores impusieron una nueva contribucion á Cartago, que habia apresado algunos buques mercantes en aquellas aguas, escandaloso abuso de la fuerza, que Polibio vitupera con indignacion (1). Reducidos á la impotencia por la pérdida de su marina y por la sublevacion de su ejército, los Cartagineses sufrieron las condiciones del mas fuerte. Habian salido de Sicilia sin dejar ami-

[1] Polibio, III, x, xxvii, xxviii.

gos en ella; mas no así en Cerdeña, donde su gobierno y dominacion eran populares, probablemente á causa de la comunidad de religion, y del origen fenicio de muchas de sus ciudades (1); y así fué, que por mucho tiempo aún, periódicas rebeliones demostraron la aficion de los Sardos á sus antiguos señores. Por la misma época, los Romanos se apoderaron de la Córcega, y del 516 al 518, rechazaron á los Ligures y á las tribus galas con las cuales estaban en paz hacia cuarenta y cinco años.

III. Mientras la República defendia sus fronteras del norte contra los Galos y los Ligures, y peleaba en Cerdeña y en Córcega para destruir la influencia de Cartago, emprendia contra un pequeño pueblo bárbaro otra expedicion, ménos difícil, sin duda, pero que debia tener inmensas consecuencias. La guerra de Iliria, en efecto, iba á abrir á los Romanos el camino de la Grecia y el del Asia, sometida á los sucesores de Alejandro, y donde dominaba la civilizacion griega. Convertida en una gran potencia marítima, Roma tenia ya en sus atribuciones la policia de los mares. Los habitantes de las costas orientales del Adriático, dados á la piratería, eran la plaga del comercio. Muchas veces habian llevado su rapiña hasta la Mesenia, y destruido las escuadras griegas enviadas para reprimir sus demasías (2). Aquellos piratas pertenecian á la nacion iliria. Los Griegos los consideraban como bárbaros, es decir, extraños á la raza helénica, aunque es probable que tuviesen cierta afinidad. Aliados incómodos de los reyes de Macedonia, frecuentemente tomaban las armas por ó contra ellos; tribus intrépidas y feroces, siempre estaban prontas á vender sus servicios y su sangre á quien quisiera pagarlos; muy semejantes, en suma, á los Albaneses de hoy, que pasan por ser sus descendientes, y á quienes han acorralado en los montes las invasiones de los Eslavos (3).

El rey de los Ilirios era un niño, y su madre, Teuta, ejercia la regeancia. Este solo hecho revela unas costumbres absolutamente extrañas á la civilizacion helénica y romana. Un caudillo de Faros

[1] Los Sardos debieron su civilizacion á los Fenicios; los Sicilianos habian recibido la suya de los Griegos. Esta diferencia explica el apego de los primeros hácia Cartago, y la repulsion de los otros hácia la dominacion púnica.

[2] Polibio, II, iv. v. x.

[3] Hahn, *Albanesische Studien*.

[*Lesina*], llamado Demetrio, á soldada de Teuta, ocupaba en calidad de feudo la isla de Corcira la Negra [*Curzola*] y hacia las veces de primer ministro. Fácil fué á los Romanos sobornarle; los Ilirios, ademas, dieron una causa legítima de guerra asesinando á un embajador de la República (1); con lo que el senado envió inmediatamente un ejército y una escuadra para sojuzgarlos (525). Demetrio entregó su isla, que sirvió de base de operaciones para apoderarse de Apolonia, de Dirracium, de Nutria y de gran parte de la costa. Al cabo de algunos meses de resistencia, los Ilirios se sometieron, se obligaron á renunciar á la piratería; cedieron algunos puertos, y consintieron en que Demetrio, el aliado de los Romanos, fuese tutor de su rey (2).

Esta expedicion valió á la República una gran popularidad en toda la Grecia; los Atenienses y la liga Aquea sobre todo, fueron pródigos en plácemes, y empezaron desde entónces á considerar á los Romanos como á protectores contra sus peligrosos vecinos, los reyes de Macedonia. Por lo que respecta á los Ilirios, no bastó el reciente escarmiento para corregirlos de sus hábitos de piratería. A los diez años, otra expedicion tuvo que ir hasta el fondo del Adriático (3) á castigar á los Istrios; y poco despues, la desobediencia de Demetrio á las órdenes del senado, llevó nuevamente la guerra á Iliria; y mientras el jóven rey se hacia el aliado ó el súbdito de la República (4), Demetrio iba á refugiarse al lado de Filipo de Macedonia. Entre tanto, una nueva guerra atraia la atencion de los Romanos.

IV. Evidentemente la idea del senado era estender su dominio hácia el norte de la Italia, y preservarla así de las invasiones de los Galos. En 522, á propuesta del tribuno Flaminio, se habia espulsado del Piceno á los Senones, y sus tierras, declaradas del dominio público, se habian repartido entre los plebeyos. Esta medida, présaga para las vecinas tribus galas, de la suerte que les estaba reservada, excitó en ellas gran desasosiego, y al punto empezaron á preparar una formidable invasion. En 528, llamaron del otro lado de los Alpes á una muchedumbre de bárbaros de la belicosa tribu de los Gesatas (5), lo cual produjo un inmenso terror en Roma. El mismo interes animó

[1] Floro, II, v.—Apiano, *Guerras de Iliria*, vii.

[2] Polibio, II, xi y siq.

[3] Tito-Livio, *Epítome*, XX, año de Roma 533.—Osorio, IV, xiii.

[4] Polibio, III, xvi y sig.

[5] Pueblo situado entre el Ródano y los Alpes, (Polibio, II, xxii, xxxiv).